

contribuido a falsificar la hipótesis inicial en algunos de sus aspectos, matizándola y precisándola en otros¹. Desgraciadamente, la burguesía en España no formó parte del grupo referencial de la burguesía alemana en este proyecto de investigación, cuyas publicaciones sin embargo se encuentran a la disposición de cualquier interesado en invertir la dirección de la investigación, es decir, analizar la historia de la(s) burguesía(s) en España en comparación con la(s) de otros países europeos. Uno de los aspectos claves a analizar sería el de la relación entre la burguesía y el Estado para comprobar si realmente existió la burguesía como «clase nacional», tal y como lo afirma Juliá (p. 196), o si en cambio la fragmentación económica y social del país fue demasiado pronunciada, de forma que en la España decimonónica —en opinión de Borja de Riquer— no llegaron a constituirse «auténticas clases nacionales españolas» (p. 82).

Semejante investigación quedaría coja si no se cumplieran dos requisitos por los que abogan Ruiz-Manjón y Gortázar en sendos artículos: primero, la integración de la cultura en el análisis, es decir, la *ampliación cultural de la historia social* (Kocka), una ampliación que según Ruiz-Manjón se está haciendo notar ya en la historiografía española; y segundo, un mejor conocimiento de la historia de otros países, que, según Gortázar, en España brilla por su ausencia, cosa que en el penúltimo artículo de esta sección afirma Andrés Gallego también para la *historia religiosa* de la España Contemporánea. Que esta y cualquier otra investigación hoy en día puede contar con el apoyo de una herramienta de trabajo tan importante como la informática, con la que se pueden hacer verdaderas virguerías, queda patente tras la lectura del último artículo de esta sección a cargo de Antonio Rodríguez de las Heras. El libro se cierra con seis relatos de las diversas comunicaciones entregadas a este Primer Congreso de Historia Contemporánea en España. En suma, el recorrido a través de las 304 páginas es una buena forma de tomar el pulso a la actual historiografía en España, aunque si la hubieramos podido acometer hace dos años, su lectura hubiera sido aún más sugerente.

Ludger Mees

GALSTER Ingrid. *Aguirre oder Die Willkür der Nachwelt*. Vervuert Verlag, Frankfurt a.M, 1996, 927 pp.

¿Ficción o realidad? ¿Literatura o historia? ¿Discurso o sociedad? ¿Anécdota o estructura? ¿Relato o análisis? Estos son algunos de los interrogantes planteados —y contestados de forma tremendamente unidireccional— por los *gurus* de la historiografía postmoderna durante los últimos años. Algunos postmodernistas

¹ Un buen resumen en castellano de los resultados del citado proyecto se encuentra en el artículo de GUNILLA-FRIEDERIKE BUDE: «Investigaciones sobre la burguesía en Alemania: tendencias, resultados y perspectivas», *Historia Contemporánea*, 13-14, 1996, pp. 43-62.

no dudan en echar al traste todo lo que, al menos desde los tiempos del viejo Ranke, se había considerado como requisito indispensable para cualquier labor historiográfica. Es más, esta labor carecía de relevancia, ya que desde este punto de vista no existe conocimiento alguno más allá de los textos, que son creaciones / invenciones de sus autores y por lo tanto comparables a otra creación artística cualquiera.

A pesar de los muchos disparates que se han escrito en el contexto del debate postmodernista, sus consecuencias para la historiografía también han sido positivas, entre otras cosas porque se han corregido los excesos de un estructuralismo a ultranza gracias al redescubrimiento del factor humano como motor de la historia, y también porque —frente a un positivismo simplista nunca del todo desterrado de la historiografía— se insiste nuevamente, y pese al derrumbamiento del marxismo como paradigma, en una de las grandes aportaciones de Marx a las ciencias sociales, es decir, el descubrimiento de las vinculaciones entre cualquier ciencia, proceso de investigación o redacción de texto por una parte y determinados intereses específicos por otra. No existe historiografía *neutral*, ni fuente *objetiva*, pero no por ello es lícito afirmar que «anything can be said about anything» (G. Steiner).

Este es el marco teórico en el que se inserta esta voluminosa obra de la filóloga alemana Ingrid Galster sobre la vida de Lope de Aguirre y su recepción/interpretación por parte de diversos cronistas, historiadores, literatos o cineastas desde la muerte de Aguirre hasta nuestros días. Pocos personajes se prestan tanto a la discusión y ejemplificación de las problemáticas antes mencionadas como este conquistador rebelde, oriundo de la guipuzcoana villa de Oñate. De hecho, basta con ver las dos películas realizadas sobre Aguirre para percatarse de la enorme facilidad con la que se pueden elaborar dos versiones completamente distintas de un mismo hecho histórico, si están en juego intereses diferentes. En 1972, y todavía afectado por el tremendo impacto del 68, Werner Herzog, o mejor dicho: Klaus Kinski, nos presenta a un Aguirre sangriento, malvado, casi monstruoso y sus crímenes cometidos durante su infructuosa búsqueda de El Dorado no son otra cosa que símbolos delirantes de los crímenes cometidos por el imperialismo contra sus víctimas en el «Tercer Mundo». Carlos Saura, en cambio, en la línea con los preparativos del V Centenario, convierte a Aguirre en su *El Dorado* (1988) en un héroe positivo que predica la igualdad de las razas y la abolición de la esclavitud en su nuevo Imperio a crear en el Perú. Como señala Galster (p. 820), su arrodillamiento ante el jefe de los indios simboliza la mala conciencia de la España postfranquista con respecto a sus viejas colonias. El mensaje dominante ahora es el de la comunicación entre España/Europa y América, la convivencia pacífica, la construcción de puentes entre las culturas.

Las interpretaciones contradictorias de Lope de Aguirre no comienzan, sin embargo, con estas dos conocidas producciones cinematográficas. La recepción del personaje histórico depende de los intereses de sus intérpretes, y como estos intereses varían y cambian, también lo hacen las imágenes del conquistador rebelde vasco y su función en el discurso del historiador/escritor/cineasta/etc. Con

el objetivo de ejemplificar esta tesis, la catedrática alemana ha conseguido construir, tras una labor de investigación archivística de dimensiones realmente asombrosas, un compacto y completo cuerpo documental que reúne probablemente todas o casi todas las fuentes directa o indirectamente relacionadas con la historia de la recepción de la vida y obra de Aguirre, comenzando con cartas del propio Aguirre, *relaciones* redactadas por participantes de la expedición, para llegar a obras de teatro y *comics* vascos de los años 1970 y 80.

Antes de entrar en la *recepción* de Aguirre por los posteriores, sin embargo, es imprescindible elaborar una interpretación propia de su historia, lo que la autora lleva a cabo en un meticuloso análisis hermenéutico de las fuentes (pp. 27-83). Su conclusión: el principal motivo de la rebelión de Aguirre consiste en su sensación de agravio, de marginación y explotación infringida por parte de la Corona y sus representantes en las colonias. Las restricciones impuestas por la Corona en lo que se refiere a la explotación de la población indígena en las Leyes Nuevas (1542) ya habían provocado rebeliones anteriores y esta misma problemática subyace también en la de Aguirre (1561). En las gravísimas acusaciones que el conquistador vasco vierte en su carta a Felipe II contra el propio rey, sus administradores y los clérigos, la autora reconoce no «una disputa académica acerca de la preponderancia de armas o letras», sino la expresión de un «muy marcado odio de clase» (p. 76).

En los tres grandes apartados que siguen, Galster contrasta las diferentes interpretaciones de esta rebelión producidas durante la época colonial (C.I), el siglo XIX (C.II), así como el siglo XX (C.III), prestando lógicamente especial atención a los países latinoamericanos directamente afectados (Venezuela, Colombia, Perú), a España y al País Vasco. Fiel a su planteamiento inicial, la autora inserta las crónicas, relatos o análisis historiográficos en su particular contexto y demuestra con un gran número de ejemplos las estrechas interrelaciones entre determinados intereses y los resultantes productos literarios y/o historiográficos. En este sentido es interesante observar la confluencia de la gran mayoría de las interpretaciones de Aguirre, independientemente del contexto y del tiempo histórico en el que se realizan, en una demonización total y absoluta del personaje, lo que se explicaría en el caso de los cronistas coloniales por su interesada autorepresentación como defensores de la casa real, y en el caso de las primeras historiografías latinoamericanas tras la independencia por la ansia de las nuevas clases dirigentes de *limpiar* la historia de sus antepasados españoles, proyectar todo lo negativo en una oveja negra (Aguirre, el loco), eliminarlo de esta forma y construir una historia nacional apta para suscitar la identificación de los ciudadanos, en la que la influencia española queda reducida al impacto a los héroes positivos, contrapuestos al monstruo Aguirre, como lo sería por ejemplo Simón Bolívar. En la imagen negativa que de Aguirre ofrecen los escritores españoles decimonónicos, finalmente, impacta, según la autora, «la actitud anti-vasca de muchos españoles, sobre todo después de las guerras carlistas» (p. 340). Durante siglos, concluye Galster, la presentación de Aguirre como el arquetipo de la maldad que el clérigo Juan de Castellanos ofreció ya en 1589 no sufrió grandes mutaciones:

*«El era de pequeña compostura
Gran cabeza, grandísima viveza,
Pero jamás perversa criatura
Que de razón formó naturaleza:
Todo cautelas, todo maldad pura,
Sin mezcla de virtud ni de nobleza;
Sus palabras, sus tratos, su gobierno
Eran a semejanza del infierno.*

*Charlatancillo vil algo rehecho,
Sin un olor de buenas propiedades.
La cosa mas sin ser y sin provecho
Que conocieron todas las edades:
Pero nunca jamás se vido pecho
Lleno de tan enormes crueldades (...).*
(cita p. 132).

Fue Segundo de Ispizúa, un vasco, que con un estudio publicado en 1918 marco un punto de inflexión en la recepción de la historia de su conocido compatriota, por cierto sólo uno entre varios vascos presentes en la expedición del navarro Pedro de Ursúa. Ispizúa, un escritor oriundo de Bermeo, es el primer autor que en su voluminosa obra *Los Vascos en América* exige *expressis verbis* la rehabilitación de Aguirre, y el primero que —según Galster— presenta un estudio guiado por la metodología hermenéutica en el que no se silencian las preguntas sobre el contexto, los motivos de la rebelión y las causas de su fracaso. Aguirre deja de ser la bestia sangrienta y se convierte en el «primer mártir de la independencia del Nuevo Mundo» (Ispizúa), una persona honrada que en medio de un mundo pervertido por un egoísmo materialista lucha por la consecución de un ideal admirable, el de la autodeterminación de los colonizados. Como se ve, aquí un mito sustituye al otro y el trasfondo de esta mutación encontraríamos nuevamente en los intereses específicos del autor de la obra, que se publica en una situación de notable auge del nacionalismo vasco. «Conociendo la situación política», concluye Galster, «el libro de Ispizúa se puede leer de hecho como una protesta contra una especie de colonización interna de España» (p. 353)².

Esta interpretación no podía quedar sin respuesta, que llega con la publicación de una tesis doctoral del aragonés Emiliano Jos en 1927, cuya principal virtud consiste en una inmensa labor de investigación archivística, en cuyo transcurso pudo encontrar una copia de la declaración de independencia de Aguirre y sus seguidores. Jos rechaza la interpretación del conquistador vasco como primer ante-

² Por nuestras propias investigaciones podemos añadir dos datos de interés: el año 1918, año de publicación del tomo de Ispizúa, marca la culminación de la primera campaña en favor de la autonomía vasca, que fracasa un año después. Su autor se había movido en ambientes liberal-nacionalistas. Cf. MEES, LUDGER: *Nacionalismo vasco, movimiento obrero y cuestión social (1903-1923)*. Bilbao, 1992, pp. 128 y 230-260.

cesor de la lucha por la independencia y vuelve a la tradicional descalificación de Aguirre como enfermo mental. Sin embargo, Galster detecta detrás del positivismo historicista y su pretendida objetividad nuevamente una visión parcial e interesada de la historia, que será moldeada por Jos con el fin de contribuir a la «grandeza de España perdida en 1898» (p. 377 ss.).

La recepción posterior de la rebelión de Aguirre se mueve entre estos dos polos: para unos, el conquistador de Oñate es un loco, para otros un libertador. Es esta ambigüedad que explica el enorme atractivo de este personaje histórico que se presta, según las necesidades, para su conversión en cruel y sangriento verdugo o noble e inocente víctima. La historiografía, sin embargo, —y esta es la conclusión final del libro—, no se debe plegar ante la oleada postmodernista, sino mantener la separación entre historia y literatura. El «poder de veto de las fuentes» (R. Koselleck) permite la identificación de la ficción, aunque el residuo histórico que queda siempre se encontrará, como el propio libro de Galster, sometido a la influencia de los intereses, vivencias y valores de su interprete, tal y como lo demuestra la catedrática alemana a lo largo de las más de 900 densas páginas de su interesante obra, a la que sólo haría dos objeciones. Se priva en exceso y con una meticulosidad a veces llevado al extremo el análisis textual de las fuentes, mientras que la contextualización de las diferentes obras y sus autores en su correspondiente marco histórico hubiera merecido un tratamiento algo más consistente. En segundo lugar una observación formal: aún para un lector dotado de una descomunal paciencia me imagino que la avalancha de las notas a pie de página que caracteriza todo el texto, resulta absolutamente indigestivo, aunque comprensible para una *habilitación* alemana. Estas críticas, empero, no quitan mérito a este excelente trabajo, cuya traducción al castellano es absolutamente recomendable tanto por su interés teórico y metodológico, como por la indudable calidad de la labor empírica.

Ludger Mees

VILAR Mar, *La prensa en los orígenes de la enseñanza del español en los Estados Unidos (1823-1833)*. Prólogo de Aquilino Sánchez Pérez. Universidad de Murcia, 1996, 273 pp. (21×14,5).

Los orígenes de la enseñanza del español en los Estados Unidos constituyen hasta el momento una temática prácticamente desconocida, quizás debido al amplio ámbito investigador de la propia filología hispánica. Pero si tenemos en cuenta que hoy en día es el segundo idioma en Norteamérica, se hacía poco menos que imprescindible un estudio de la génesis e implantación de la lengua de Cervantes en Estados Unidos, labor que viene a cubrir con creces la presente monografía de Mar Vilar.

A finales del siglo XVIII, en la recién estrenada nación norteamericana, resultaba poco menos que impensable el estudio y la enseñanza de la lengua española,